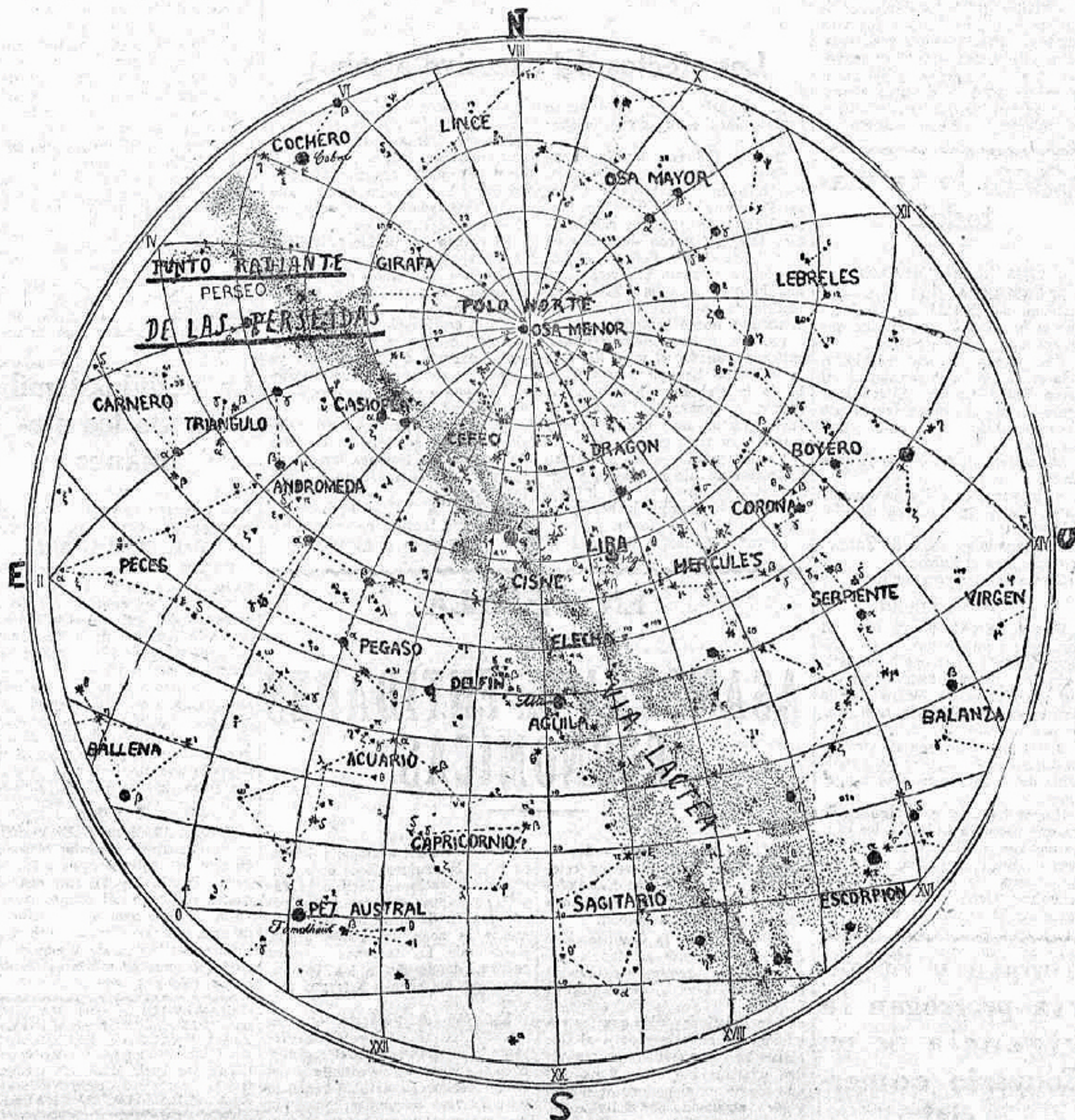


HOY, 10 DE AGOSTO

LLUVIA DE ESTRELLAS, O LAS LAGRIMAS DE SAN LORENZO

Las Perseidas que contemplaremos absortos esta noche



ASPECTO DEL CIELO EN MADRID EL 10 DE AGOSTO A LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE

En la placidez de la noche estival, el cielo extiende sobre la tierra la augusta belleza de su bóveda tachonada de miríadas de estrellas. La noche, mitigando los ardores de un día canicular, convida a gozar de la contemplación del firmamento.

Una estrella, deslizándose por el cielo, fija nuestro abstraído pensamiento. En rápida visión dibuja en el cielo un bello trazo de luz, e inmediatamente se pierde sin interrumpir la calma augusta de la noche.

Poco después, otra estrella fugaz traza su ráfaga de luz; después, otra deja en el cielo su brillante estela, para perderse de nuevo en los abismos de la nada.

El fenómeno se repite una y otra vez. En ocasiones, son varios cientos, millares y aun cientos de millares las cintas de fuego que se dibujan durante la noche en la estrellada bóveda, constituyendo entonces el bellissimo fenómeno denominado lluvia de estrellas.

Si bien el paso por el cielo de las estrellas fugaces puede observarse en cualquier noche con mayor o menor frecuencia, la abundancia de estos bellos meteoritos se presenta en varias fechas fijas del año. Entre ellas, son el 10 de agosto y el 14 de noviembre las que prodigan con mayor abundancia tan encantador espectáculo.

En las noches próximas al 10 de agosto, y especialmente en esta fecha, las estrellas fugaces son siempre frecuentes, y algunos años su número es fantástico. Este fenómeno es conocido desde la antigüedad con el nombre de Lágrimas de San Lorenzo, por celebrar la Iglesia en este día la fiesta de tan glorioso mártir.

Son almas que pasan, hace decir Campoamor a la joven "alta, rubia, delgada y muy graciosa, digna de ser morena y sevillana", cuando, reclinada su cabeza en la ventanilla del tren expreso, veía trazar en el cielo el surco brillante que deja a su rápido paso una estrella fugaz.

Son ángeles que cruzan, dicen los niños, relacionando en su imaginación infantil la sugestiva belleza de la estrella con la idea placida, amable y acariciadora de los ángeles.

Son estrellas que caen, decían nuestros abuelos, suponiendo a las estrellas como diamantes luminosos, engarzados en la esfera de cristal que ellos suponían formaba el séptimo cielo, y creyendo que los uranolitos eran estrellas que, roto su divino engarce, caían sobre la Tierra, como pudiera caer el fruto desprendido de la rama de un árbol.

Son las Perseidas, explican los astrónomos. Son simples pedruscos que, después de vagar durante siglos por el espacio, han lle-

gado a nuestra atmósfera, pretendiendo cruzarla con velocidad vertiginosa, y llegando a la ignición por su rozamiento con el aire.

El espacio infinito está poblado de nebulosas, en el seno de cada una de las cuales se forman los soles. Una de las innumerables nebulosas es la Vía Láctea, que contiene todos los millones de estrellas que vemos tachonar nuestro cielo como chispas, pero que, en realidad, son soles, reyes cada uno de ellos de sistemas planetarios, mayores quizá que nuestro sistema solar.

Un mísero planeta, perteneciente a uno de esos innumerables sistemas que forman la Vía Láctea, a su vez, parte infinitesimal del Universo, es nuestra Tierra; ínfima partícula del Cosmos; más pequeña respecto a la creación que es una gota de agua respecto al mar; pero, a su vez, mundo gigantesco respecto a los miles de millones de corpúsculos que revolotean por el espacio; unas veces solitarios, siguiendo eternamente las órbitas que les trazó la gravitación universal, marchando otras como enjambres de innumerables pedruscos; otras, como materia cósmica disgregada en un estado de fluidez inconcebible; pero siempre marchando sin posible descanso, obedeciendo dócilmente las inflexibles leyes de la mecánica celeste y del cálculo matemático. Cuando en su eterno rodar se

acercan suficientemente a nuestro planeta, se nos presentan como un cometa si es materia cósmica disgregada que se acerca al Sol; como una lluvia de estrellas, si la Tierra tropieza en su camino con un enjambre de pedruscos; como bólidos o aerolitos, si consiguen caer sobre la superficie terrestre.

Cuando uno de estos pedruscos entra en nuestra atmósfera, el rozamiento del aire, enorme a causa de la velocidad inmensa, transformando en calor su energía dinámica, produce la incandescencia que los hace visibles como una chispa, que la misma velocidad hace aparecer como un trazo de luz. Después, la propia ignición le devora y, volatilizándolo, le hace morir abrasado. Si su masa es suficiente, puede llegar a la superficie de la Tierra, venciendo el poder de resistencia de la atmósfera que, como un escudo protector, defiende a nuestro globo de esta pedrea continua.

Estos enjambres de piedras cósmicas, cuya formación y cuyas órbitas guardan estrecha relación con las órbitas y la formación de los cometas, existen en número prodigioso.

Kepler decía de los cometas que hay más de ellos en el cielo que peces en el mar. Según demostró Schiaparelli, si una masa nebulosa en que la materia, en estado de extrema fluidez, forme una in-

mensa esfera, atraída por el Sol, se ve obligada a recorrer una órbita parabólica, de la que el Sol será uno de los focos, va transformándose sucesivamente, a medida que se acerca, en su densidad y en su forma, y al pasar por el perihelio o máxima proximidad al Sol, puede llegar a formar una inmensa corriente continua de materia cometaria y de enjambres de pedruscos que invierten cientos y aun miles de años en pasar por dicha parte de su órbita.

Una de estas inmensas corrientes de corpúsculos cósmicos es la que cruza la órbita de la Tierra por el punto en que se encuentra nuestro globo en el 10 de agosto. Como estas piedras recorren sus órbitas como recorre su camino un inmenso rebaño, parecen todas las estrellas surgir de un mismo punto del cielo, como proyectiles disparados desde un mismo punto, aunque con distintas direcciones. Este punto, que pertenece a la constelación de Perseo, da el nombre de Perseidas a las estrellas fugaces del 10 de agosto.

El nombre de estrella fugaz o estrella errante con que generalmente se les designa es en extremo impropio, porque las estrellas, reyes de sus sistemas planetarios, grandiosos soles que sólo la distancia hace aparecer como puntos, son precisamente el extremo opuesto en la escala de gradaciones respecto a los míseros pedruscos que forman las estrellas errantes. El calificativo de fugaz les es más apropiado, porque, después de presentarse un instante a nuestra vista, se pierden para siempre, habiendo lucido sólo escasos segundos en la plenitud de su fugaz belleza. Pueden, en la infinita variedad de la creación, servir de imagen de la vida del hombre, que también pasa un momento por la Tierra, luce un instante en la plenitud de la vida y cae en los abismos de lo Desconocido, perdiéndose su memoria como se pierde la efímera estela de la estrella fugaz.

ILDEFONSO NADAL

Los salarios en Bélgica

BRUSELAS 10 (1 t.).—Se ha firmado un acuerdo entre las federaciones patronal y obrera de la construcción mecánica de la cuenca de Charleroi, según el cual se aumentan los salarios en un dos y medio por ciento a partir del día 15 del mes corriente. (Radio.)

Embarcan los primeros legionarios americanos

NUEVA YORK 10 (1 t.).—Hoy salen con dirección a Europa, a bordo del paquebote "Presidente Harding", 600 individuos, pertenecientes a la Legión Americana. Esta expedición constituye la avanzada de otras que organiza la Legión Americana, y que estarán en Francia antes del 1 del próximo mes de septiembre. (Fañola.)

El embajador alemán en París, restablecido

PARIS 10 (1 t.).—El embajador alemán, von Hoesch, completamente restablecido de la operación quirúrgica que le fué practicada en Múnich, ha llegado a esta capital. En la estación era esperado por todo el personal de la Embajada y una representación del Ministerio de Negocios Extranjeros. (Fañola.)

"EL SOL"